

Los cordobeses en el "Guzmán de Alfarache"

El centenario de Mateo Alemán, que se cumplirá el año próximo, coincide con el de Miguel de Cervantes Saavedra. Ambos nacieron en 1547 y acaso porque el príncipe de los ingenios españoles absorbe toda la atención en las esferas literarias, se ha hablado hasta ahora muy poco, si es que se ha hablado algo de conmemorar la fecha en que vino a la vida el ilustre escritor sevillano. Pero es seguro, que a pesar de este silencio, habrá de honrarse su memoria como merece, ya que a juicio de algunos eruditos si Cervantes no hubiese escrito el «Quijote» Mateo Alemán hubiera ocupado el primer puesto entre los novelistas de nuestra ponderada edad de oro, Miguel de Cervantes si no eclipsó del todo la gloria del autor del «Guzmán de Alfarache» fué al menos un obstáculo para que su talento no resultara con los brillantes matices a que es acreedor.

Por cierto que la vida de Mateo Alemán, ofrece, en algunos aspectos, mucha semejanza con la de Cervantes. Como él sufrió prisión por cuestiones de intereses y si el alcalaino se vió sorprendido con una segunda parte del «Quijote» que no había escrito, también Alemán hubo de padecer la afrenta de una segunda parte apócrifa del «Guzmán de Alfarache», debida a la pluma del abogado valenciano Juan Martín, al que algunos investigadores señalan como el Avellaneda, autor de la primera de dichas falsedades.

Mateo Alemán fué hombre de vida muy accidentada. Tenía espíritu aventurero y, justo es decirlo, sin la experiencia adquirida durante sus largas correrías, no hubiese salido nunca de su pluma la obra, por la que se le considera entre los inmortales. Había estudiado Medicina en Salamanca y Alcalá, con poco aprovechamiento y a la muerte de su padre aprovechó la ocasión para abandonar las aulas y dar vuelo a sus inquietudes. No era tampoco hombre de hogar y por ello destruyó el suyo separándose de su esposa. Y por último, cansado de sufrir reveses y hallándose sin blanca, acabó su vida en Indias, adonde emigró, ya en edad avanzada, en busca de mejor fortuna.

El «Guzmán de Alfarache» responde a un estilo hartamente pesado para nuestros días, pero que estaba muy en boga en la época del barroco español. Más, aparte de ello, esta novela de pícaros, es un

vivo testimonio de las ideas y costumbres de España e Italia en los tiempos de Felipe II y contiene gran cantidad de datos autobiográficos por cuya causa pueden apreciarse a través de sus páginas los afectos y rencores de su autor.

No es nuestro propósito hacer una crítica más del «Guzmán de Alfarache», pero nos interesa relacionar la figura de Mateo Alemán con Córdoba. Y en este aspecto, hemos de decir, que los cordobeses no salieron muy bien librados de su pluma. Con razón, o lo que es más lógico, sin ella, el famoso escritor no sentía simpatía alguna por los cordobeses. Es de suponer que tuviera a su paso por esta ciudad alguna aventura desagradable cuyo recuerdo no pudo olvidar. Probablemente detendríase aquí durante su época de estudiante, ya que en Córdoba, según atestigua Espinel en «La vida del escudero Marcos de Obregón», «es donde acude el arriero de Salamanca y allí vienen de toda aquella comarca los estudiantes que quieren examinarse, para la dicha Universidad». Lo indudable es que todos los cordobeses que desfilan por el «Guzmán de Alfarache» son personas de mal vivir. Así un galán y una joven que en Toledo se dedican a desvalijar incautos; un viejo, pobre y pícaro, que alecciona a Guzmanillo en Roma, y un soldado gorrón que estaba al servicio del Embajador francés en la Ciudad Eterna. Y finalmente al hablar de cierto personaje con el que estaba enemistado, escribe: «Ofrecíase en cordobés. Ya vuesa merced habrá comido, no habrá de menester algo», presentándonos como avaros en lo que tampoco nos hizo justicia.

Más la gloria de los grandes hombres está por encima de sus apasionamientos y por ello esperamos que Córdoba se sume a su centenario como ha de hacerlo al de su contemporáneo Miguel de Cervantes.

Enrique Durán Martín.

(«Noticiero», Córdoba, 9 Diciembre 1946)